

## Recuperar el tiempo perdido

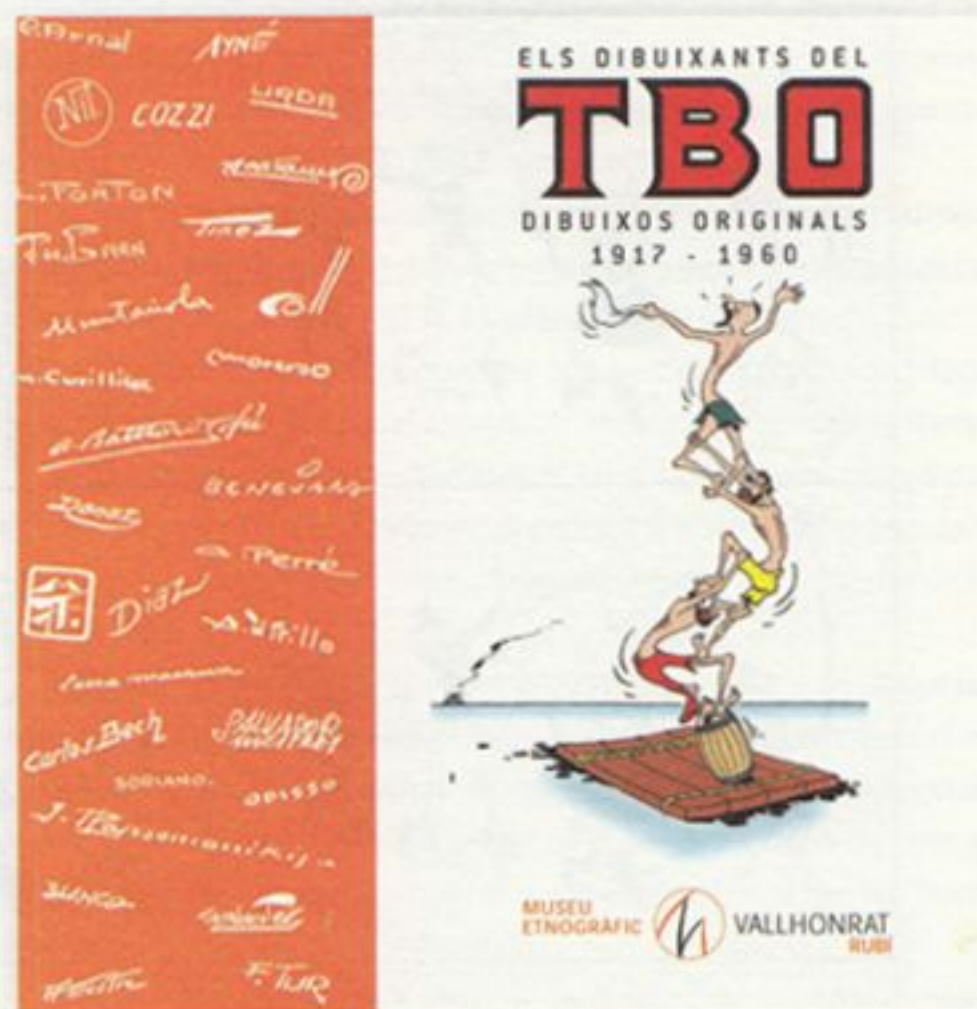
**M**e atrevería a asegurar que cualquier persona que haya nacido en este país dentro de la primera mitad del siglo XX se habrá sentido atraído, tarde o temprano, por el fascinante mundo emanado de la revista *TBO*, como cabeceira específica, y de los tebeos en general.

Yo no iba a ser una excepción. Recuerdo perfectamente la ilusión con la que se recibía *TBO* en casa, cuando transcurrían los años difíciles del racionamiento y las restricciones de electricidad, tiempo de frío y sabañones. Lo suministraba un viejecito amable, con una sonrisa permanente en su cara ajada, que traía diariamente *La Vanguardia* y los jueves, como mágico y deseado complemento, *TBO*, que mi hermana y yo arrancábamos de sus manos protegidas con mitones.

En aquellos días de claros y oscuros, *TBO* era el valioso trofeo conseguido después de una encarnizada riña para dilucidar quién lo leía primero. Su posesión garantizaba una hora de diversión, que siempre nos parecía fugaz.

Los personajes familiares de las historietas fijan adquirirían entonces un rango de preferencias, que comentábamos entre todos los miembros de la familia, pequeños y mayores. "La familia Ulises", en la contraportada, ocupaba sin duda el lugar de honor. Revisando actualmente estas historietas, no acierto a comprender cómo una página tan atiborrada de letra metida dentro de los bocadillos podía resultar atractiva para unos críos de nueve años, que en buena lógica deberían haber preferido el predominio del dibujo sobre el texto.

Como contrapartida de tanta letra comprimiendo el dibujo de los personajes, que en ocasiones adoptaban escorzos forzados para permitir la ampulosidad del bocadillo, estaba el grafismo puro y limpio de Coll, la historieta sin palabras, la quintaesencia de la expresión basada únicamente en el dibujo. Entonces, aun sin saberlo, estábamos empezando a reconocer que aquella emoción que emanaba del hálito intrínseco del dibujo y no del argumento propio del guión era lo que después conoceríamos como arte. Esa certeza, que entonces era sólo un atisbo inconsciente que nos



Portada del catálogo de la muestra "Els dibuixants del TBO. Dibuixos originals: 1917-1960", expuesta en el Museu Etnogràfic Vallhonrat de Rubí (Barcelona).



Catálogo de otra exposición de originales de TBO en el Museu Etnogràfic Vallhonrat de Rubí (Barcelona), celebrada en 2005.



Catálogo de una exposición de originales de Serra Massana, realizada en el año 2000 en la Biblioteca Central de Igualada (Barcelona).

llevaba a mí y a todos mis compañeros a preferir las historietas de Coll a la mayoría de personajes y autores que desfilaban por la revista, vino constatada posteriormente por el reconocimiento de los expertos y críticos de historieta, ante la sorpresa del propio autor que, en su inmensa modestia, no creía que su trabajo mereciese los honores y las alabanzas que se le prodigaron, cuando *TBO* era ya prácticamente historia.

De hecho, la historieta siempre estuvo ligada a mi infancia y adolescencia; esas cajas mágicas y estancas, por siempre añoradas, sobre las que descansa nuestra idea de la felicidad completa y perdida. Tanto o más que el cine de los sábados, con el que se mezcla en el hemisferio cerebral destinado a acoger el compartimento donde mora la fantasía.

Sería exagerado afirmar que lo que he sido de mayor se lo debo a los tebeos, pero sí debo reconocer que me iniciaron en la lectura y en el deseo irrefrenable de penetrar en el territorio subyugante de lo desconocido.

Por otro lado, he tenido siempre una cierta tendencia a guardar las cosas que he considerado importantes. Junto a mi colección de coches en miniatura, guardaba muchos de los tebeos que me hicieron gozar de niño. Pero mis hermanos menores se encargaron de vaciar con el tiempo mis bien provistos archivos y mis repletas estanterías, hasta dejarlos en la más absoluta indigencia.

Con los años, empecé a sentir la necesidad de recuperar aquel tiempo perdido y aquellos objetos que facilitaban el viaje iniciático. Así, sobrevino el anhelo de volver a tener entre las manos aquellos enmohecidos ejemplares que habían hecho mis delicias en los años cincuenta. Frecuenté mercadillos y tiendas especializadas con el único objetivo de recuperar aquellos retales del pasado que en su antigüedad, además de leerse, permitían ser tocados y oídos, cosa fundamental para apercibirse plenamente de su trabazón con ese pasado al que pretendía regresar, como si de una máquina del tiempo se tratara.

Más tarde, un luminoso día de primavera, conocí a mi entrañable amigo Lluís Giralt en una exposición de dibujos originales de *TBO*, que él había organizado en el Museo de Sabadell, nuestra ciudad natal.

En aquella época yo ya había iniciado mi colección de dibujos originales, paso necesario para penetrar en los arcanos del oficio de dibujante de historieta, en su dimensión más profunda. El valor artístico del dibujo adquiere su real dimensión, por tamaño y precisión, en el dibujo original que, aparte de constituir una pieza única, permite analizar todas las virtudes creativas del autor, que quedan muy mediatizadas en la historieta reducida y publicada en la revista.

Todo esto lo fui descubriendo de la mano de Lluís, que pronto me contagió su grafopatía crónica.

Con el tiempo, menudearon nuestros encuentros para intercambiar ejemplares o simplemente hablar de aspectos relacionados con este mundo que nos apasionaba. Después, decidimos unir nuestras colecciones y aventurarnos en el proceloso mundo de las exposiciones de nuestros propios dibujos originales, con el único fin de revelarlos a quien se mostrara interesado. Pudimos llevar adelante este proyecto gracias a la colaboración de ayuntamientos y entidades de crédito. Todo ello generó un rosario inacabable de días de vino y rosas; momentos irrepetibles que nos pusieron en contacto con dibujantes, guionistas o simples aficionados como nosotros, que gozaban con aquella actividad.

Las huellas dejadas en el camino son diversas: libros, catálogos, publicaciones, carteles y por encima de todo, amistades profundas con las que buscar conjuntamente, cual nuevos Perseos, el vellocino de oro de nuestra felicidad primigenia, aquella que se llevaron los años turbios de nuestra madurez y que permanece escondida, para ser reencontrada entre los pliegues de las páginas rugosas de un *TBO* antiguo.